

---

## LIBRO VII.

---

### SUMARIO.

I. Entra Gilippo en Siracusa con el socorro de las otras ciudades de Sicilia partidarias de los Siracusanos. Pierde una batalla y gana otra contra los Atenienses. Los Siracusanos y los Corintios envían una embajada á Lacedemonia pidiendo nuevo socorro y Nicias escribe á los Atenienses demandándoles refuerzos.—II. Lo que decía la carta de Nicias á los Atenienses y lo que proveyeron éstos en vista de ella.—III. Los Peloponenses entran en tierra de Atenas y cercan la villa de Decelea. Socorros que envían á Sicilia, así los Atenienses, como los Peloponenses.—IV. Siracusanos y Atenienses libran una batalla por mar en el puerto, y por tierra, pretendiendo ambos haber alcanzado la victoria. Encuentros que tuvieron después durante el sitio.—V. Necesidades que sufría Atenas por la guerra. Algunos Tracios que fueron á servir á los Atenienses, y se volvieron por falta de paga, al regresar destruyen la ciudad de Micalese, y después son casi todos dispersados.—VI. Lo que hicieron los capitanes atenienses Demóstenes y Eurimedón en el camino cuando iban en socorro de los sitiadores de Siracusa. Auxilio que reciben los sitiados. Batalla naval entre Atenienses y Peloponenses junto á Naupacto.—VII. Mientras Demóstenes y Eurimedón están en camino para reforzar á los Atenienses que sitian á Siracusa, los Siracusanos libran una batalla naval contra los Atenienses.—VIII. Llegan Demóstenes y Eurimedón al campamento de los Atenienses. Atacan de noche los parapetos de los Siracusanos junto á Epipoli y son rechazados con grandes pérdidas.—IX. Después de celebrar muchos consejos deciden los Atenienses levantar el sitio de Siracusa, y al fin no lo hacen por una superstición.—X. Logran los Siracusanos nueva victoria naval contra los Atenienses y procuran encerrarlos en el puerto donde estaban.—XI. Ciudades y pueblos que intervienen en la guerra de Sicilia, así de una parte como de otra.

—XII. Los Siracusanos y sus aliados vencen de nuevo en combate naval á los Atenienenses, de tal modo que no pueden éstos salvarse por mar.—XIII. Después de la derrota parten los Atenienenses de su campamento para ir por tierra á las villas y lugares de Sicilia que seguían su partido.—XIV. Los Siracusanos y sus aliados persiguen á los Atenienenses en su retirada y los vencen y derrotan completamente.

## I.

Entra Gilippo en Siracusa con el socorro de las otras ciudades de Sicilia partidarias de los Siracusanos. Pierde una batalla y gana otra contra los Atenienenses. Los Siracusanos y los Corintios envían una embajada á Lacedemonia pidiendo nuevo socorro y Nicias escribe á los Atenienenses demandándoles refuerzos.

Después que Gilippo y Piten repararon sus naves en Tarento, partieron para ir á tierra de Locros hacia el poniente, y avisados de que la ciudad de Siracusa no estaba aún cercada por todas partes y de que podían entrar por Epipoli, dudaron si dirigir el rumbo á la derecha de Sicilia, intentando entrar en la ciudad, ó si, encaminándose á la izquierda, irían primeramente á abordar en Imera, reuniendo allí toda la gente que pudiesen, así de los de la ciudad como de los otros Sicilianos, y yendo después por tierra á socorrer á los Siracusanos. Decidieron por fin ir á Imera, por ser advertidos que las cuatro naves atenienses enviadas por Nicias, no habían aún aportado á Regio. Nicias las envió allí por creer que los de Gilippo estaban aún detenidos en Locros.

Pasaron, pues, Gilippo y Piten con su armada al estrecho antes que los barcos de los Atenienenses hubiesen aportado á Regio, y después, navegando al largo de la mar de Mesina, fueron derechamente á abordar en Imera. Estando en este lugar indujeron á los Imerianos á ajustar con ellos alianza, y á que les proveyesen de barcos y de armas para su gente, de que tenían falta. Tras esto

cual tomaron por asalto y mataron á todos los que hallaron dentro, sin que los otros Atenienses lo pudiesen ver ni oír.

Este mismo día los Siracusanos tomaron un trirreme de los Atenienses cuando iba á entrar dentro del gran puerto.

Después comenzaron á hacer un muro que llegaba desde la ciudad hasta encima de Epipoli, y labraron otro al través contra el muro de los Atenienses para impedir, si se lo dejaban acabar, que los Atenienses cercaran la ciudad completamente.

Acabado el muro que querían hacer desde su campo hasta la mar, los Atenienses se retiraron á su fuerte en lo más alto de él. Y porque una parte del muro estaba baja, Gilippo fué de noche con su gente hacia él, pensando tomarlo, más sentido por los que hacían la guardia, les salieron á su encuentro y fuéle forzoso retirarse muy despacio sin hacer ruido alguno. Después los Atenienses alzaron más el muro y dejaron en guarda algunos soldados de los de su propia tierra. Por las otras partes pusieron otros de la gente de sus aliados.

También pareció á Nicias que era necesario cercar de muro el lugar llamado Plemiro, que es una roca ó cerro frente á la ciudad que penetra en la mar, y llega hasta la entrada del gran puerto, siendo cierto que si le tenía fortificado, las vituallas y otras provisiones necesarias que entraban por mar podrían desembarcar más fácilmente teniendo gente de guarnición cerca del puerto, á donde antes no podían llegar, quedando muy lejos, por lo cual los barcos que llegasen no podían darles socorro de pronto. Hizo esto con propósito de ayudarse de la armada y del ejército de tierra cuando Gilippo llegara, para lo cual mandó embarcar una parte de su gente y la llevó hasta aquel lugar de Plemiro, haciéndolo cercar y fortificar con tres muros y fuertes, y metiendo allí una parte del bagaje. Junto á Plemiro podían guarecerse sus naves grandes y pequeñas.

Por esta causa murieron muchos de sus marineros

por falta de agua fresca, que necesitaban buscarla bien lejos de allí, sin perjuicio de que cuando salían á tierra para traer leña y provisiones, la gente de á caballo de los Siracusanos que estaba en el campo los hería y mataba, y lo mismo hacía la gente de guarnición que tenían en una villa situada junto á Olimpo, y que los Siracusanos habían puesto allí para impedir que los Atenienses que estaban en Plemiro pudiesen hacerles mal alguno.

Avisado Nicias de que llegaban las galeras de los Córintios, envió para salirles al encuentro hasta veinte de las suyas, y ordenó al capitán de esta armada que las esperase entre Locros y Regio, y les acometiese en el estrecho de Sicilia.

Durante este tiempo Gilippo trabajó también para acabar el muro que tenía comenzado entre la ciudad y Epipoli, y aprovechando la piedra y materiales que los Atenienses habían juntado allí para su labor. Hecho esto salía muchas veces fuera de la ciudad con su gente y la de los Siracusanos en orden de batalla, y los Atenienses por su parte hacían lo mismo.

Cuando pareció á Gilippo tiempo oportuno de acometer á los enemigos, fué á dar en ellos con toda furia, mas á causa de que el combate se hacía entre los fuertes y parapetos de una parte y de otra, en lugar mal dispuesto para poder pelear los de á caballo, de que los Siracusanos tenían gran número, fueron vencidos éstos y los Peloponenses, y quedaron los Atenienses victoriosos, devolviendo los muertos á sus contrarios y levantando un trofeo en señal de triunfo.

Después de esta batalla, Gilippo mandó reunir á todos los suyos y les habló de pasada, diciéndoles que no desmayasen, pues aquella pérdida no había ocurrido por falta de ellos, sino sólo por culpa suya, que les mandó pelear en lugar estrecho, donde no se podían ayudar de la gente de á caballo, y menos de los tiros de dardos y piedras, por lo cual había determinado hacerles salir de nuevo á pelear en otro lugar más á propósito para la batalla. Por tanto, que se acordasen de que eran Dorios y Pelopo-

nenses, y que sería gran afrenta dejarse vencer por Jonios de nación é Isleños, y otros advenedizos, siendo tantos en número como ellos.

Dicho esto, cuando le pareció que era tiempo, los sacó otra vez al campo en orden de batalla, y también Nicias había determinado, si no salían á pelear los enemigos, presentarles la batalla, para estorbarles que acabasen los muros y parapetos que tenían comenzados junto á los suyos, que ya estaban muy altos, y le parecía que si pasaban adelante, los mismos Atenienses estarían antes cercados por los Siracusanos que no los Siracusanos por ellos, y en peligro de ser vencidos. Por esto determinó salir á la batalla.

Había Gilippo puesto en orden la gente de á caballo y tiradores más lejos de los muros que no la vez pasada, en un lugar espacioso, donde los muros y parapetos de ambas partes estaban muy apartados, y cuando la batalla fué comenzada, los suyos atacaron la extrema izquierda de los Atenienses con tanto ímpetu, que los hicieron volver las espaldas y les pusieron en huída, con lo cual los Siracusanos y Peloponenses consiguieron la victoria esta vez, porque todos los contrarios, viendo huir á los Atenienses, hicieron lo mismo y se retiraron á sus fuertes.

En la noche siguiente, los Siracusanos levantaron su muro á igual de el de los enemigos, y aún más, de manera que los contrarios no podían impedirles continuar su muro tan adelante como quisiesen, y aunque fuesen vencidos en batalla, no podían ya cercarlos con muralla.

Tras esto llegaron las naves de los Corintios, Leucadios y Ambraciotes, que serían en número de doce, al mando del corintio Trasonides, el cual había engañado á las naves de los Atenienses que les salieron al encuentro, pues hurtándoles el viento, pasaron adelante.

Desde su llegada, ayudaron á los Siracusanos á acabar el muro que tenían comenzado hasta juntarlo con el otro que venía al través.

Hecho esto, y viendo Gilippo que la ciudad estaba se-

gura, partió hacia los otros lugares de Sicilia para tener negociaciones y tratos con ellos, á fin de que aceptaran su alianza y amistad contra los Atenienenses aquellos que estaban dudosos y no inclinados á la guerra.

Los Siracusanos y los Corintios que habían venido en su ayuda, enviaron embajadores á Lacedemonia y á Corinto, pidiendo nuevo socorro, de cualquier manera que pudiesen dárselo, en barcos de cualquier clase, con tal que les trajesen gente de guerra.

Por su parte los Siracusanos, suponiendo que los Atenienenses enviarían también socorro á los de su campo, dispusieron sus buques para combatirlos por mar, é hicieron todos los otros aprestos necesarios para la guerra.

Viendo esto Nicias, que las fuerzas de los enemigos crecían más cada día, y que las suyas disminuían y se apocaban, determinó enviar mensaje á Atenas para hacerles saber el estado en que se encontraban las cosas de su campo, que era tal, que se tenían por perdidos y desbaratados si no se retiraban ó les enviaban nuevo y suficiente socorro. Sospechando que los que enviaba con el mensaje no tuvieran condiciones para decir lo que les encargaba, ó se olvidasen de alguna parte, ó temiesen decirlo por descontentar al pueblo, determinó escribir largamente lo que ocurría, suponiendo que cuando el pueblo supiese la verdad de lo que pasaba, adoptaría inmediatamente determinación, según requería el caso.

Partieron los mensajeros con su carta é instrucciones á Atenas, y Nicias se quedó en el campo con más cuidado de guardar su ejército que de salir á acometer á los enemigos.

En este mismo verano, Evecion, capitán de los Atenienenses con el rey Perdicas, y otros muchos Tracios, fueron á cercar la ciudad de Amfípolis; mas como viesan que no la podían tomar por tierra, hicieron subir muchas barcas por el río de Strimonia, que corre por la parte de Imera, y en esto pasó aquel verano.

Al comienzo del invierno, los mensajeros que Nicias había despachado, llegaron á Atenas é hicieron relación

en el Senado del encargo que traían, respondiendo á cuanto les preguntaron, mas ante todas cosas presentaron la carta de Nicias, que era del tenor siguiente:

## II.

Lo que decía la carta de Nicias á los Atenientes y lo que proveyeron éstos en vista de ella.

«Varones Atenientes, por otras mis cartas antes de éstas habréis sabido lo que acá se ha hecho, al presente es menester que sepáis la situación en que estamos para que proveáis sobre ello lo necesario.

»Después que en muchas batallas vencimos á los Siracusanos, contra quien nos enviasteis, é hicimos un muro y fuerte junto á su ciudad, dentro del cual estamos ahora, llegó Gilippo, capitán de los Lacedemonios, con un gran ejército de Peloponenses y de algunas otras ciudades de esta tierra de Sicilia, al cual vencimos en el primer encuentro, mas después por la mucha gente de á caballo y tiradores que tenía, nos vimos forzados á retirarnos y recogernos dentro de nuestro fuerte, donde al presente estamos sin hacer otra cosa, porque no podemos continuar el muro en torno de la ciudad á causa de la multitud de los contrarios, ni sacar toda nuestra gente al campo, porque es necesario dejar siempre una parte de ella para guardar nuestros fuertes.

»Por otra parte, los enemigos han levantado un muro junto al nuestro, de manera que no podemos estorbarles la obra sino acometiéndoles con muy grueso ejército por fuerza de armas, de suerte que teniendo nosotros cercada esta ciudad, á nuestro parecer estamos más cercados por la parte de tierra que ellos, porque á causa de la mucha gente de á caballo que tienen, no nos atrevemos á salir muy adelante de nuestro fuerte.

»Además, han pedido al Peloponeso más socorro de

gente, y Gilippo salió hacia las ciudades de Sicilia, que no están de su parte, para ganar su amistad y traer de ellas, si pudiere, gente de á pie y de á caballo contra nosotros.

»A lo que he podido entender, tienen determinado invadir y dar en nuestros fuertes y muros todos á una, así por mar como por tierra. No os debéis maravillar que diga nos quieren acometer por mar, porque aunque nuestra armada al principio era muy gruesa y poderosa, porque las naves estaban enteras y enjutas, y la gente de ellas sana y valiente, ahora los barcos, por haber estado mucho tiempo en descubierto, se encuentran casi podridos, y muchos de los marineros muertos, y no podemos sacar los trirremes á tierra para repararlos, porque nuestros enemigos son tantos en número como nosotros, y aun más, de manera que nos amenazan diariamente con querer acometernos, como creo que lo harán sin duda alguna, pues está en su mano hacerlo cuando quisieren; y porque pueden sacar sus naves á la orilla más fácilmente que nosotros, no estando todas juntas.

»Hasta el presente no nos ha sido posible acometerles á nuestra voluntad, porque aunque tuviésemos gran número de barcos, apenas podríamos guardarlos, aunque estuviesen todos juntos, como ahora lo están, pues si nos descuidásemos algún tanto en hacer la guardia, no podríamos tener vituallas, y aun apenas las podemos tener ahora sin gran peligro, porque nos conviene pasar por delante de la ciudad á traerlas.

»Por estas dificultades y otras muchas, si hasta ahora hemos perdido muchos marineros, más perderemos cada día que pase cuando salen á coger agua ó á traer leña y otras provisiones necesarias, ó para robar lejos del campo, porque muchas veces les atacan y cogen los de á caballo de los enemigos.

»Y lo peor de todo es que mientras los nuestros pelean, los esclavos que tienen consigo, y los forzados que están en la armada, los dejan y huyen, y los que venían de su grado, viendola armada de los enemigos tan gruesa



y su ejército tan punjante por tierra, muy de otra manera que habían pensado, unos se pasan á los enemigos con cualquier pretexto, y también los otros cuando se pueden escapar, lo cual pueden hacer á su salvo porque la Isla es muy grande.

»Algunos de los nuestros compran esclavos de Icaria, los cuales, por tratos con los capitanes de las naves, hallan manera para hacerlos servir en su lugar, y por estos medios corrompen y destruyen la disciplina y orden militar en la mar.

»Porque hablo con gente que entiende bien las cosas marítimas, digo en conclusión, que la flor y vigor de este gran número de gente de mar, no puede durar mucho tiempo, y se hallan muy pocos pilotos y patrones que sepan bien gobernar una nave.

»Entre todas estas dificultades hay otra que me pone en mayor cuidado, y es, que aunque soy caudillo de esta armada no puedo establecer en ella el orden que quería, porque el genio y carácter de los Atenienses es malo de corregir y castigar, y no podemos hallar otros marineros para tripular nuestras naves, lo cual pueden hacer muy fácilmente los contrarios, porque hay infinitas ciudades en Sicilia de su partido, y muy pocos que sigan el nuestro, excepto Najos y Catania, que son muy poco poderosas, por lo cual nos vemos forzados á ayudarnos de la poca gente que nos ha quedado, y tenemos á nuestras órdenes desde el principio.

»Si las ciudades de Italia que nos proveen de vituallas llegan á saber el estado en que nos encontramos y que no nos enviáis socorro alguno, se pasarán á nuestros enemigos, y sin remedio alguno seremos destruidos y desbaratados sin pelear.

»Os podría escribir otras cosas más apacibles y agradables, pero no tan útiles y necesarias para vosotros si queréis poner atención en ello, cosa que dudo en gran manera, porque conozco muy bien vuestra condición y se que oís de buena gana cosas placenteras, pero cuando el caso es distinto de lo que pensabais, echáis la culpa á

los capitanes que tienen el mando. Por ello he querido escribiros la verdad, á fin de que proveáis con diligencia. Y también os debo decir, que de las cosas que nos habéis encargado en esta empresa, no podéis imputar culpa alguna á los caudillos ni capitanes, ni menos á los soldados.

»Viendo, pues, que toda Sicilia conspira y se une al presente contra nosotros, y que espera nuevo socorro del Peloponeso, ó determinad llamarnos, atento que somos más débiles y flacos de fuerzas que nuestros enemigos, aun en la situación en que están al presente, ó de enviarnos nuevo socorro que no sea de menos naves ni de menos gente que esta que tenemos, y buena suma de dinero. Además otro general, porque yo no puedo soportar más la carga á causa del mal de riñones que me fatiga en gran manera. Y me parece que la razón lo requiere, pues mientras tuve salud os he servido muy bien.

»En conclusión, que todo lo que quisiereis hacer lo determinéis desde ahora hasta el principio de la primavera, sin más dilación, porque en breve tiempo los enemigos traerán á su devoción todos los Sicilianos.

»Y aunque las cosas de los Peloponenses se hagan más despacio, guardaos que no os suceda como, antes de ahora, muchas veces os ha acaecido, que ignoráis una parte de sus empresas, y la otra la sabéis tan tarde, que sois sorprendidos por su ataque antes de que lo podáis remediar.»

De este tenor era la carta de Nicias, que leída por los Atenienses, en cuanto tocaba á enviar nuevo capitán, por sucesor en el cargo, no fueron de esta opinión, sino que hasta tanto que le enviasen compañeros, eligieron por adjuntos dos de los que con él estaban en el ejército á saber, Menandro y Eutidemo, á fin de que, encontrándose sólo y enfermo, no estuviese muy fatigado.

En lo demás, determinaron enviarle nuevo socorro, así de naves como de gente de guerra y marineros suyos y de los aliados, y además nombraron otros dos nuevos capitanes juntamente con Nicias, que fueron Demóste-

nes, hijo de Alcistenes, y Alcimedón, hijo de Teocles, y á Alcimedón le enviaron en seguida cerca del solsticio del invierno á Sicilia con diez naves y veinte talentos en dinero para proveer á los que allí estaban, y darles nuevas del socorro que recibirían en adelante, y del mucho cuidado que los Atenienses tenían de ellos.

Demóstenes se quedó para preparar el socorro que habían ordenado enviar, y embarcarse con él al principio de la primavera. Asimismo para hacer á los aliados que proveyesen de naves, gente y dinero en la parte que les correspondía.

### III.

Los Peloponenses entran en tierra de Atenas y cercan la villa de Decelea.—Socorros que envían á Sicilia así los Atenienses como los Peloponenses.

Después que los Atenienses ordenaron lo que convenía hacer para Sicilia, enviaron veinte trirremes á la costa de Peloponeso para impedir que nave alguna pasase de allí ni de Corinto á Sicilia. Porque los de Corinto cuando los embajadores de los Siracusanos que habían ido á demandar nuevo socorro llegaron, entendiendo que las cosas de Sicilia estaban en mejor estado, cobraron más ánimo y les pareció que la armada que habían enviado antes llegó á buen tiempo. Por esta causa aparejaron nuevo socorro de naves de carga, y lo mismo hacían los Lacedemonios con los otros Peloponenses.

Los Corintios armaron veinticinco trirremes para acompañar á sus barcos mercantes cargados de gente y defenderlos contra los de los Atenienses que los estaban esperando en el paso de Naupacto.

Los Lacedemonios que estaban preparando el socorro por la prisa que les daban los Siracusanos y los Corintios, cuando entendieron que los Atenienses enviaban

nuevo socorro á Sicilia, así para estorbar esto como también por consejo de Alcibiades, determinaron entrar en tierra de Atenas, y ante todas cosas cercar la villa de Decelea.

Emprendieron esto los Lacedemonios con más gusto, porque les parecía que los Atenienses, manteniendo guerra en dos partes, á saber, en Sicilia y en su misma tierra, estarían más expuestos á ser desechos, y también por la justa querella que tenían á causa de haber éstos empezado la guerra los primeros, cosa totalmente contraria á los tratos precedentes, cuyo rompimiento comenzó de parte de los Lacedemonios, pues los Tebanos invadieron la ciudad de Platea, sin estar rotos los tratos.

Y aunque éstos determinaban que no se pudiese mover guerra á la parte que se sometiese á juicio de las otras ciudades confederadas, y los Atenienses ofrecían pasar por ello, los Lacedemonios no quisieron aceptar esta oferta, teniendo en cuenta, con justa razón, que les habían sobrevenido muchas adversidades en la guerra anterior, y mayormente en Pilos.

Además, después del último tratado de paz, los Atenienses habían enviado treinta naves y destruido y talado por parte de la tierra de los Epidauros, de los Prasianos y algunas otras, y tenían gente de guerra en Pilos que robaban y destruían á menudo las tierras, bienes y haciendas de los confederados. Y cuando los Lacedemonios enviaban mensaje á Atenas para pedir restitución de los bienes y haciendas que les habían tomado, y que pudiesen la cosa en tela de juicio, según se determinaba en los artículos del tratado de paz, jamás lo habían querido hacer.

Por todo esto parecía á los Lacedemonios que la culpa del rompimiento de la paz, que había sido en la guerra precedente de su parte, era ahora de la de los Atenienses, y por ello iban de mejor gana contra ellos.

Ordenaron á los demás Peloponenses que hiciesen provisión de herramienta, y los otros materiales convenien-

tes para combatir los muros de Decelea, mientras ellos aparejaban las otras cosas necesarias. Además les obligaron á proveer de dinero para el socorro que enviaban á Sicilia por la parte que les tocaba, según hacían los mismos Lacedemonios.

En esto pasó aquel invierno que fué el fin del décimo-octavo año de la guerra que escribió Tucídides.

Al principio de la primavera (1) los Lacedemonios con sus aliados, invadieron súbitamente la tierra de los Atenienses al mando de Agrís, hijo de Arquidamo, rey de Lacedemonia, y poco después talaron y robaron las tierras bajas que están en los confines.

De allí pasaron á cercar de muro la villa de Decelea, y dieron cargo á cada cual de las ciudades confederadas según su posibilidad para que hiciesen á su costa una parte del muro.

Estaba Decelea lejos de Atenas cerca de ciento veinte estadios (2), y casi otros tantos apartada de Beocia, y por esta causa, estando amurallada, y teniendo gente de guarnición dentro, podían desde ella, á su salvo, recorrer y robar las tierras bajas hasta la ciudad de Atenas.

Mientras hacían el muro de Decelea, los Peloponenses que habían quedado en su tierra, enviaron socorro á Sicilia en sus naves, á saber: los Lacedemonios seiscientos hombres de los más escogidos de sus ilotas ó siervos y de los emancipados, al mando del espartano Ecrito; los Beocios trescientos, mandados por los tebanos Jenón y Nicón y el tespiense Hegesander. Estos fueron los primeros que al partir del puerto de Tenaro, en Laconia, hicieron vela y se metieron en alta mar.

Poco después los Corintios enviaron quinientos hombres de guerra, así de su gente como de los Arcadios, que habían tomado á sueldo, de los cuales iba por capitán el

---

(1) Décimonono año de la guerra del Peloponeso. Año tercero de la olimpiada, 413 antes de la era vulgar. Después del 18 de Marzo.

(2) Poco menos de cinco leguas.

Corintio Alejarcó, y con ellos fueron doscientos soldados Siciones á las órdenes del sición Sargio.

Por otra parte, los veinticinco trirremes que los Corintios habían enviado el invierno anterior contra los veinte de los Atenienses, que estaban en Naupacto para guardar el paso, se hallaron frente á Naupacto mientras pasaban las naves de carga que llevaban los soldados.

En este mismo principio de la primavera, á la sazón que se hacía el muro junto á Decelea, los Atenienses enviaron treinta trirremes á la costa del Peloponeso al mando de Chancles, y le ordenaron que fuese á los Argivos y les pidieran de su parte gente de guerra para estos trirremes, conforme al tratado de alianza.

Por otra parte, conforme á lo determinado para proveer en las cosas de Sicilia, enviaron á Demóstenes con sesenta naves de las suyas y cinco de las de Chío, en las cuales había mil doscientos soldados Atenienses, y de los Isléños tantos cuantos pudieron hallar que fuesen para tomar armas. Mandaron á Demóstenes que al paso se juntase con Chancles y ambos recorriesen y robasen la costa marítima de Laconia. Con esta orden partió Demóstenes derechamente al puerto de Egina, donde esperaba las otras naves de su armada que no habían llegado aún, y también el regreso de Chancles que había ido con la misión á los Argivos.

#### IV.

Siracusanos y Atenienses libran una batalla por mar en el puerto y por tierra, pretendiendo ambos haber alcanzado la victoria.—Encuentros que tuvieron después durante el sitio.

Mientras estas cosas pasaban en Grecia, Gilippo volvió á Siracusa con gran número de gente que reunió y sacó de las ciudades de Sicilia donde había estado.

Hizo llamar á los Siracusanos y les mostró que les

convenía armar todos los más barcos que pudiesen para combatir en el mar contra los Atenienses, diciendo que tenía esperanza, si ponían esto por obra, de hacer alguna hazaña digna de memoria.

Esto mismo les aconsejaba Hermócrates, diciendo que no debían temer á los Atenienses por mar, pues de su natural no eran tan buenos hombres de mar como ellos, porque la ciudad de Atenas no está situada junto al mar como Siracusa, sino muy dentro en tierra firme, y que lo que los Atenienses habían aprendido de arte naval había sido por temor á los Medos, que les obligaron á meterse en la mar. Deciales también que, gente osada como eran los Atenienses, les parecerían terribles los que se mostrasen animosos como ellos, y que de igual manera que los Atenienses espantaban á sus contrarios antes por su atrevimiento que por sus fuerzas y poder, era muy conveniente que hallasen en sus adversarios quienes hiciesen lo mismo.

Además de estos consejos les decía que conocía bien el deseo que tenían de ir contra la armada de los Atenienses, y este hecho inesperado de los enemigos les espantaría de tal manera, que aprovecharía más el atrevimiento á los Siracusanos que á los Atenienses la ciencia y ejercicio de mar de que se vanagloriaban.

Con estas palabras de Gilippo y Hermócrates, y algunos otros que les aconsejaban, persuadieron á los Siracusanos para que acometieran contra la armada de los Atenienses, y con esta determinación, Gilippo, al anochecer, puso toda su gente de á pie en orden, fuera de la ciudad, para que al mismo tiempo atacase á los enemigos por tierra hacia la parte del muro junto á Plemiro, y los barcos por la parte de la mar.

Al amanecer las treinta y cinco galeras de los Siracusanos salieron del puerto pequeño donde se habían guarecido para ir hacia el gran puerto que tenían los enemigos, y con ellos salieron otras cuarenta y cinco naves para ir girando en torno del gran puerto con intención de entremeterse en los enemigos que estaban dentro del

gran puerto, y también de acometerlos por la parte de Plemiro, á fin de que los Atenienses, viéndose atacar por dos partes, fuesen más perturbados.

Viendo esto los Atenienses, pusieron en orden los sesenta trirremes que tenían, de los cuales inmediatamente enviaron veinticinco contra los treinta y cinco de los Siracusanos que iban hacia el gran puerto para combatirlos, y con los restantes fueron contra los que los querían rodear, con los cuales se mezclaron á la boca del puerto y combatieron gran rato, los Siracusanos forcejeando por entrar en el puerto, y los otros pugnando por defenderse.

Mientras tanto, los Atenienses que estaban en Plemiro descendieron á lo bajo de la roca, á orilla de la mar, para ver el éxito de la batalla que se estaba librando.

Al amanecer Gilippo atacó el lugar de Plemiro por parte de tierra con tanto ímpetu, que tomó en seguida uno de los tres muros. Al poco rato ganó los otros dos, porque los que estaban en la guarda y defensa de ellos, viendo que el primer muro había sido tan pronto tomado, no cuidaron de defender los otros.

Los que guardaban el primer muro, cuando fué tomado, huyeron, y con gran peligro suyo, se metieron dentro de los trirremes que estaban siempre al pie de la roca, y parte de ellos en un batel que hallaron allí, y en estos buques se retiraron á su campo.

Aunque una galera de los Siracusanos de las que ya estaban dentro del gran puerto, se opuso á la retirada, mientras Gilippo combatía los otros dos muros de Plemiro, aconteció que los Siracusanos fueron vencidos por donde aquellos Atenienses huían, y á causa de esta victoria tuvieron medio de retirarse más á su salvo.

La causa de esta victoria fué que las naves de los Siracusanos, que combatían á la boca del gran puerto, yendo á caza de los enemigos que estaban de frente, entraron de tropel sin orden alguna, de tal manera, que unas tropezaban con otras. Viendo esto los Atenienses,



así los que combatían fuera del puerto, como los que habían sido vencidos dentro, se unieron y dieron juntos sobre las que estaban dentro del puerto, y sobre las que estaban fuera, con tanto ímpetu, que las pusieron en huida, echando once á fondo, y muriendo todos los que estaban dentro, cogieron tres y otras tres destrozaron.

Pasada esta victoria, los Atenienses se apoderaron de los despojos de los naufragios de los enemigos, y levantaron trofeo en señal de triunfo en la Isla pequeña que está junto á Plemiro, y después se retiraron á su campo.

De la parte de los Siracusanos, á causa de los tres muros que habían tomado junto á Plemiro, levantaron tres trofeos en señal de victoria.

De estos tres muros abatieron uno, y los otros los repararon y pusieron en ellos buena guarda.

En la toma de estos muros fueron muertos muchos Atenienses y otros prisioneros, y además les cogieron todo el dinero que era gran suma, porque tenían este lugar como un fuerte para reunir y guardar todo su tesoro y todas sus municiones y mercaderías, no solamente del Estado de Atenas, sino también de los capitanes, mercaderes y hombres de guerra que iban por su cuenta. Entre otras cosas fueron halladas las velas de cuarenta trirremes y los demás aparejos, y tres trirremes que allí habían sacado á la orilla.

La toma de Plemiro causó gran daño á los Atenienses, principalmente porque á causa de ella no podían en adelante llevar provisiones á su campo sin gran peligro, pues los trirremes que allí había de los Siracusanos se lo impedían. Esto infundió gran pavor á los Atenienses.

Después de la batalla, los Siracusanos enviaron doce barcos al mando de su compatriota Agatarco; en uno de ellos iban algunos embajadores que enviaban al Peloponeso para hacer saber á los Peloponenses lo que se había hecho, y la buena esperanza que tenían de vencer á los Atenienses, y también para excitarles á que les enviasen socorro y tomaran aquella guerra con buen ánimo. Las otras once naves fueron á Italia, porque corría la

noticia de que los Atenienses enviaban algunos barcos cargados de madera y municiones á su campamento de Siracusa. Estos once buques de los Siracusanos encontraron en la mar los de los Atenienses, cogieron el mayor número de ellos con todo lo que venía dentro, y quemaron toda la madera que traían para hacer barcos á orillas de la mar junto á Caulonia.

Hecho esto, partieron para el puerto de Locros, y estando en dicho lugar aportó un barco procedente del Peloponeso, que enviaban los Tepienses cargado de gente de guerra en socorro de los Siracusanos, cuya gente metieron en sus naves y el barco Tepiense regresó á su tierra.

A la vuelta encontraron junto á la costa de Megara veinte galeras Atenienses que estaban espiándoles el paso, y éstas les cogieron una galera de las once. Las otras escaparon, llegando á Sircausa.

Pasado esto, hubo otro encuentro pequeño entre los Atenienses y los Siracusanos, en el mismo puerto de Siracusa, junto á un parapeto de madera que los Siracusanos habían hecho delante de las atarazanas viejas para tener allí dentro sus barcos seguros. Los Atenienses hicieron llegar una nave gruesa, recia y muy bien armada para que pudiese sufrir todos los golpes de tiro de piedras, y detrás de ella había muchos bateles pequeños, dentro de los cuales, y también dentro de la nave, iban gentes que con máquinas y pertrechos arrancaban los maderos y estacas de palo de aquel parapeto que estaban fijadas y plantadas dentro de la mar, á lo cual los Siracusanos resistían con grandes tiros de dardos y piedras que les lanzaban desde las atarazanas, y lo mismo hacían los de la nave contra ellos. Al fin los Atenienses rompieron una gran parte del parapeto, aunque con gran trabajo y dificultad, por la multitud de estacas de madera que estaban sumidas en el agua, las cuales habían plantado de intento á fin de que los barcos de los Atenienses, si querían entrar allí, encallasen y corriesen peligro; pero los Atenienses buscaron nadadores que bú-

zando las cortaban debajo del agua; cuando se retiraban, los Siracusanos hacían plantar otras estacas que sustitúan á las arrancadas.

De esta suerte cada día hacían alguna empresa ó invención nueva unos contra otros, según es de creer entre dos ejércitos acampados el uno cerca del otro. Además había muchas escaramuzas y encuentros pequeños de todas suertes, maneras y ocasiones que era posible.

Los Siracusanos enviaron embajadores á los Lacemonios, á los Corintios y á los Ambraciotes, para hacerles saber la toma de Plemiro, y asimismo la batalla que habían librado en el mar, dándoles á entender que la victoria de los Atenienses contra ellos no había sido por esfuerzo y valentía de aquéllos, sino por el desorden de los mismos Siracusanos, y por eso tenían fundada esperanza de que al fin quedarían victoriosos, con tal que fuesen ayudados y socorridos por ellos. Por tanto, les pedían que les enviaran de socorro barcos y gente antes que llegase la armada que los Atenienses iban á mandar para rehacer la suya, porque, haciéndolo así, podrían derrotar á los que estaban en el campo antes que viniesen los otros, y dar fin á la guerra.

Este era el estado de las cosas en Sicilia.

## V.

Necesidades que sufría Atenas por la guerra.—Algunos Tracios que fueron á servir á los Atenienses y se volvieron por falta de paga, al regresar destruyen la ciudad de Micalese, y después son casi todos dispersados.

Mientras estas cosas pasaban en Sicilia, Demóstenes, con la gente que había allegado para ir en socorro del campamento de los Atenienses delante de Siracusa, se embarcó en Egina, y de allí fué costeando á lo largo del Peloponeso, reuniéndose con Chances, que le espe-

raba allí con treinta naves, en las cuales embarcó la gente de guerra que los Argivos enviaron por su parte.

Desde allí navegaron derechamente hacia tierra de Lacedemonia, y primero descendieron en la región de Limera en tierra de Epidauro, la cual talaron y destruyeron en gran parte.

De allí fueron á salir á tierra de Laconia al cabo de Citerea, frente al templo de Apolo, donde hicieron algún daño y cercaron de muro un estrecho semejante al de Corinto, llamado Istmo, para refugio de los ilotas ó esclavos de los Lacedemonios que quisieran huir de sus señores, y también para acoger ladrones y corsarios que robasen y destruyesen la tierra en torno, según hacían directamente los que estaban dentro de Pilos. Mas antes que el muro fuese hecho, Demóstenes partió hacia Corcyra para tomar de allí la gente que había de venir de aquella parte, y pasar con ella, cuando estuvo terminado, á Sicilia, y dejó allí á Chances con sus treinta naves para que acabase el muro. Cuando estuvo terminado, después de haber puesto en él gente de guarnición, partió Chances en seguimiento de Demóstenes, y lo mismo hicieron los Argivos.

En este mismo verano llegaron á Atenas mil y trescientos soldados Tracios, nombrados Macherosores, porque ceñían espadas de dos filos y eran naturales de tierra de Dyaco, todos muy bien armados, y con sus escudos, mandados allí para pasar con Demóstenes á Sicilia, y que por llegar muy tarde, después de la partida de Demóstenes, determinaron los Atenienses hacerles volver á su tierra, pues detenerlos allí para la guerra que tenían en Decelea, parecíales costoso, atendiendo á que cada uno de ellos quería de sueldo una dracma diaria, y el dinero comenzaba á escasear en Atenas.

Después que los Peloponenses cercaron de muro y fortificaron la villa de Decelea, en aquel verano pusieron también gente de guarnición en todas las villas y ciudades donde remudaban sus cuarteles, lo cual produjo

grandes males y pérdidas á los Atenienses, así de dinero como de otros bienes, pues cuando otras veces los Peloponenses iban á recorrer su tierra no paraban en ella mucho tiempo, y regresaban á sus ciudades, los Atenienses podían sin obstáculo labrar su tierra y gozar de los frutos de ella á su voluntad. Pero cercada de muro la villa de Decelea y puesta dentro guarnición, los Atenienses eran continuamente atacados y casi cercados por la gente de guarnición, que no cesaban de recorrer y robar la tierra; á veces con muchos hombres de guerra, y otras con muy pocos. Muy á menudo lo hacían por la necesidad que tenían de guardarse y por coger vituallas y otras provisiones que necesitaban. Y sobre todo mientras Agis, rey de Lacedemonia, estuvo allí con todo su campo, fueron en gran manera perjudicados los Atenienses, porque no dejaba descansar á su gente, y continuamente los hacía trabajar, mandándoles recorrer y robar tierras de los enemigos, de tal modo que hicieron gran daño en toda la región de Atenas.

Para mayor infortunio, los esclavos que tenían los Atenienses huyeron y se pasaron á los Peloponenses. Serían en número de veinte mil, y casi todos ellos, ó la mayor parte, eran de oficios mecánicos. Juntamente con esto, se les murió casi todo el ganado grande y pequeño, y además, sus caballos fueron en poco tiempo tan trabajados, que no se podían servir ni aprovechar de ellos, porque la gente de á caballo estaba continuamente en campaña, así para resistir á los enemigos posesionados de Decelea, como por impedir que la tierra de Atica fuese robada y destruída. Con tan constante servicio unos caballos estaban enfermos y lisiados, otros cojos y resentidos de correr á menudo por aquella tierra que era seca y dura y muchos heridos, así de tiros de dardos como de golpes de mano.

También las vituallas y provisiones que acostumbraban á traerles á la ciudad de tierra de Subea y de Oropa, y que solían pasar por la villa de Decelea, que era el camino más corto, fué preciso llevarlas de otras partes

más lejanas y que rodeasen por mar la tierra de Sunia, que era cosa de gran trabajo y gasto, por cuyo motivo la ciudad estaba en gran necesidad de todas las cosas que convenían traer de fuera.

Por otra parte, los ciudadanos que se habían retirado y recogido todos en la ciudad, estaban muy fatigados á causa de la guardia que necesitaban hacer sin cesar, así de noche como de día, porque de día había continuamente cierto número de gente en lo alto de los muros, que se relevaba por veces, y de noche todos estaban en vela armados, excepto la gente de á caballo; los unos sobre los muros y los otros repartidos por la ciudad, así en tiempo de verano como en invierno, que era un trabajo intolerable, ocasionado por sostener á un mismo tiempo dos grandes guerras. Con todo esto estaban tan obstinados y porfiados, que ninguna persona lo pudiera creer si no lo viera, pues aunque acometidos y cercados hasta los muros, no por eso querían dejar la empresa de Sicilia, sino que casi sitiados como estaban, deseaban mantener el cerco que tenían sobre la ciudad de Siracusa, la cual no era mucho menor que Atenas, queriendo por estos medios mostrar sus fuerzas, poder y osadía mucho mayor que los otros griegos suponían, pues al comienzo de la guerra algunos juzgaban que los Atenienses podrían sostenerla por espacio de dos años y otros por tres á todo tirar, y últimamente ninguno lo creía si llegaba el caso, que llegó, de que los Peloponenses entrasen en su tierra.

Con todo esto, desde la primera vez que entraron, y hasta que los Atenienses enviaron su armada á Sicilia, transcurrieron diez y siete años enteros sin quedar tan quebrantados con esta guerra de diez y siete años en su tierra, que no emprendiesen la de Sicilia, que no era inferior, en opinión de las gentes, que la primera.

Estando así apurada la ciudad de Atenas por la pérdida de la villa de Decelea, como por los otros gastos arriba dichos, tuvo gran necesidad de dinero, por cuya causa aquel año impusieron á los súbditos de los lugares

marítimos, en lugar del tributo que daban antes, uno de la veintena de sus haciendas, pensando que por esta vía sacarían más dinero que del tributo ordinario, y así era menester, pues los gastos eran tanto más grandes cuanto estas guerras eran mayores que las primeras, y sus rentas ordinarias estaban agotadas.

Este fué el motivo de que tan pronto como los Tracios, que venían en su socorro, llegaron, según hemos dicho, los hicieron regresar por falta de dinero, y encargaron llevarlos por mar á Diotrepo, al cual mandaron que en el viaje buscase manera para que aquellos Tracios hiciesen algún daño en Eubea y en las otras tierras marítimas de los enemigos junto á las cuales pasasen, porque por necesidad habian de pasar el estrecho de Eubea, llamado Euripo.

Diotrepo saltó en tierra con los Tracios en el puerto de Tanagra, hizo algunos robos apresuradamente, y tras esto les mandó volver á embarcarse y los llevó derechamente á Calcia, que está en tierra de Eubea. De noche pasó el estrecho, penetró en Beocia, y saltando en tierra, hizo caminar toda la noche á su gente hacia la ciudad de Micale y les mandó que se escondiesen dentro del templo de Mercurio, que está de la ciudad cerca de diez y seis estadios. Cuando fué de día les ordenó salir y caminar hacia la ciudad, la cual, aunque era muy grande, la tomó inmediatamente, porque no tenía guardas, y los ciudadanos no sospechaban mal alguno, no pensando que corsarios y otros enemigos, yendo por mar, osaran internarse tanto en tierra. Por esta causa tenían muy ruines muros para la cerca de su ciudad, en muchas partes estaban caídos y en otras muy bajos, y porque no temían asechanzas y traiciones, no cuidaban de cerrar las puertas.

Cuando los Tracios estuvieron dentro de la ciudad, la robaron y saquearon toda, así los templos y lugares sagrados como las casas particulares y lugares profanos, y lo que es peor, mataron á todos cuantos hallaron, hombres y mujeres de cualquier edad que fuesen, y bestias

y ganados, porque tal es la condición de los Tracios, que son los más bárbaros entre todas las otras gentes para cometer toda suerte de crueldades en cualquier parte donde se pueden hallar sin temor.

Entre otras muchas crueldades, hicieron una muy grande, que fué entrar en las escuelas donde estaban los niños y escolares aprendiendo, que eran en gran número, y los mataron á todos. Fué esta desventura tan grande y tan súbita, y no pensada, cual nunca jamás se vió en una ciudad.

Sabida la cosa por los Tebanos, salieron inmediatamente tras ellos y alcanzáronlos cerca de la ciudad, peleando con ellos y venciéndolos y desbaratándolos de tal manera, que les hicieron dejar la presa. Después los siguieron hasta el estrecho y allí mataron muchos que no se pudieron embarcar en sus naves á causa de que los que quedaron dentro de ellas para guardarlas, viendo acercarse á los enemigos, las retiraron mar adentro donde estuviesen fuera del peligro de los dardos y armas arrojadizas, y los que no pudieron entrar primero ni sabían donde acogerse, fueron todos muertos. Hubo allí una gran matanza, porque hasta tanto que llegaron á orilla del mar, se retiraban todos juntos en buen orden según tenían por costumbre, de tal manera, que se podían muy bien defender contra la gente de á caballo de los Tebanos que eran los primeros que los habían acometido, de suerte que perdieron muy pocos de los suyos, más después que llegaron á la orilla, á la vista de sus naves, rompieron la ordenanza por codicia de meterse en ellas; también algunos fueron cogidos dentro de la ciudad donde se habían quedado por robar, los cuales asimismo fueron todos muertos; de manera que de mil trescientos Tracios que eran, no escaparon sino doscientos cincuenta.

De los Tebanos y de otros que fueron con ellos, no murieron más de veinte de á caballo, entre los cuales, uno de los gobernadores de Beocia, llamado Strisondas, y los que antes dijimos, que fueron muertos dentro de la



ciudad, donde se ejecutó aquella crueldad y desventura, que fué la mayor que pudo ocurrir á cualquier villa ó ciudad en todo aquel tiempo que duró la guerra.

## VI.

Lo que hicieron los capitanes atenienses Demóstenes y Eurimedón en el camino cuando iban en socorro de los sitiadores de Siracusa.—Auxilio que reciben los sitiados.—Batalla naval entre Atenienses y Peloponenses junto á Naupacto.

Volvamos á lo que se hacía en Grecia. Después que Demóstenes cercó de muro el lugar de que arriba hemos hablado en tierra de Laconia, partió para pasar á Corcira, y navegando mar adelante, encontró en el puerto de Pitia, que está en tierra de Elia, un trirreme cargado de gente de guerra de los Corintios, que quería pasar á Sicilia, el cual echó á fondo, aunque los que en él iban se salvaron, y después volvieron á embarcarse en otro y pasaron á Sicilia.

Desde allí fué Demóstenes á Zacinto y Cefalonia, donde tomó alguna gente de guerra que embarcó en sus naves, y después á Naupacto, donde mandó ir á los Mesenios.

Desde Naupacto atravesó la mar y pasó á Acarnania, que está de la otra parte en tierra firme, y de allí fué á las villas de Alicia y de Anactoria, que eran del partido de los Atenienses. Estando en esto, acaeció que Eurimedón, que por aquella mar volvía de Sicilia, donde había sido enviado para llevar dinero á la armada, fué á buscar allí á Demóstenes y le dijo, entre otras cosas, que sabía que los Siracusanos habían recobrado á Plemiro.

Poco después llegó á ellos Conon, que era el Capitán de Naupacto, y les dijo que había veinticinco barcos de los Corintios en la costa frente á Naupacto, y no cesaban de ir á acometerles, ni esperaban ya sino la batalla,

y por eso les demandó que le proveyesen de naves en número bastante, porque él sólo tenía diez y ocho, las cuales no eran bastantes para combatir á veinticinco.

Demóstenes y Eurimedón accedieron á su demanda y le dieron diez de las suyas, las más ligeras, con las cuales regresó, y ellos partieron para ir á reunir gente, según les habían encargado, á saber: Eurimedón, enviado por compañero de Demóstenes, á Corcira, donde llenó quince de sus trirremes con gente de la tierra, y Demóstenes por tierra de Acarnania, donde tomó á sueldo todos los honderos y tiradores que pudo para Sicilia.

Después que los embajadores de los Siracusanos que habían sido enviados á las otras ciudades de Sicilia para obtener socorro cumplieron su misión y persuadieron á muchos de aquellos á quien demandaban ayuda, cogiendo á sueldo alguna gente de dichas ciudades para llevarlas á Siracusa, Nicias, que fué advertido de ello, envió mensaje á todas las ciudades y villas que eran de su partido por donde había de pasar necesariamente aquella gente de guerra, y principalmente á los Centoripinos y á los Alcaos, para que les impidieran el paso con todo su poder. Los reclutados no podían buenamente ir por otra parte, á causa de que los Agrigentinios les negaban el paso. A la demanda de Nicias otorgaron de buena gana aquellas ciudades, y pusieron emboscadas al paso en tres partes, las cuales acometieron de improviso á aquella gente de guerra, mataron cerca de ochocientos, y juntamente con ellos á todos los embajadores, excepto uno que era natural de Corinto, el cual llevó todos los que se salvaron á Siracusa, que fueron cerca de mil y quinientos.

Al mismo tiempo llegó á los Siracusanos otro socorro, el de los Camarinos, que les dieron quinientos hombres muy bien armados y seiscientos tiradores, y los Gelianos les enviaron cinco naves, en las cuales iban cuatrocientos ballesteros y doscientos de á caballo.

En efecto, excepto los Agrigentinios, que eran del partido de los Atenenses, la mayor parte de toda la tierra

de Sicilia, aunque hasta aquel tiempo no se había declarado, envió socorro á los Siracusanos, los cuales, con todo esto, por la pérdida sufrida de los ochocientos hombres en los pasos de Sicilia, como antes se ha dicho, no osaron tan pronto acometer á los Atenienenses.

Entretanto Demóstenes y Eurimedón, habiendo reunido gran número de gente, así de Corcira como de la tierra firme, pasaron la mar de Jonia y aportaron en el cabo de Iapigia. En este lugar y en las islas Coreades, allí cercanas, cogieron ciento y cincuenta ballesteros de la nación de los Mesapios por consentimiento de Artas, señor de aquel lugar, con el cual renovaron la amistad que antiguamente había entre los Atenienenses y él.

Partidos de allí fueron á aportar á Metaponte, que está en Italia, donde persuadieron á los de la villa á que les diesen trescientos tiradores y dos naves, por razón de la confederación y alianza antigua que con ellos tenían.

De allí fueron á Turia, donde entendieron que todos aquellos que seguían el partido de los Atenienenses habían sido lanzados poco antes de la tierra, y pararon algunos días con toda la armada por saber si había quedado en la ciudad alguna persona que fuese del bando de los Atenienenses, y también por hacer con ellos más estrecha amistad y alianza que tenían antes, á saber: que fuesen amigos de amigos y enemigos de enemigos.

En este tiempo los Peloponenses, que tenían los veinticinco trirremes anclados en la playa de Naupacto, para guarda y seguridad de los barcos que habían de pasar por allí con el socorro que enviaban á Siracusa, se preparaban para combatir contra los de los Atenienenses, que estaban en el puerto de Naupacto, y también habían abastecido de gente otras naves, de manera que serían poco menos en número que los Atenienenses.

Fueron á echar anclas en una playa de Acaya, llamada Erepique, junto á Erinea, que tiene forma de media luna. En las rocas que estaban á los lados de aquella costa habían puesto su gente de á pie, así de los

Corintios como de los de la tierra, de manera que la armada quedaba en medio guardada por la parte de tierra y toda junta. Su capitán era el corintio Poliantes.

Contra esta armada fueron los treinta y tres trirremes Atenienses que estaban en el puerto de Naupacto, cuyo capitán era Difilo; viendo lo cual, los Corintios al principio se estuvieron quedos en su sitio, sin salir fuera; mas cuando les pareció que era tiempo, salieron contra los Atenienses y combatieron gran rato una armada contra la otra, de manera que fueron tres galeras de los Corintios echadas á fondo y de la armada de los Atenienses, aunque ninguna fué lanzada á pique, siete quedaron destrozadas en las proas por una banda de los Corintios que era más fuerte que la suya, y todos los remos quebrados, de manera que resultaron completamente inútiles para navegar.

La batalla fué tan reñida, que cada cual de las partes pretendía haber conseguido la victoria. Los Atenienses recogieron los náufragos y despojos; más como arreciara el viento se retiraron unos de una parte, y otros de otra, los Peloponeses hacia la costa, donde podían estar más seguros á causa de la gente que tenían en tierra, y los Atenienses hacia Naupacto.

Cuando así fueron separados, los Corintios inmediatamente levantaron trofeo en señal de victoria á causa de que las naves que habían destrozado de los enemigos, eran más en número que las que ellos habían perdido, y les fueron echadas á fondo, teniendo por cierto que no habían sido vencidos por la misma razón que tenían los enemigos para pensar no haber triunfado, pues parecía á los Corintios no haber sido vencidos si la victoria de los enemigos no era muy grande, y asimismo los Atenienses, por el contrario, se juzgaban casi por derrotados si no alcanzaban gran victoria.

Con todo esto, después que los Peloponenses se ausentaron de aquella costa, y su gente de á pie que tenían en tierra, también se fué, los Atenienses levantaron un trofeo en el cabo de Acaya como vencedores, aunque á

más de veinte estadios del lugar de Erinea, donde estaban las naves de los Corintios.

Este fin tuvo la batalla naval entre ellos.

## VII.

Mientras Demóstenes y Eurimedón están en camino para reforzar á los Atenienenses que sitian á Siracusa, los Siracusanos libran una batalla naval contra los Atenienenses.

Después que los Turios se confederaron con los Atenienenses, según antes se ha dicho, Demóstenes y Eurimedón escogieron setecientos soldados bien armados y trescientos tiradores, y los hicieron embarcar mandándoles que fuesen derechamente á tierra de Croton, y cuando pasaron revista á su gente, junto al río de Sibarie, los llevaron por tierra de los Turios hacia Croton; pero al llegar al río de Hilia vinieron á ellos mensajeros de los Crotonios, y les dijeron que sus señores no querían que pasasen por su tierra, por lo cual tomaron su camino hacia la mar, río abajo. Cuando llegaron al cabo, que está frente adonde el río entra en la mar, asentaron allí su campo, y sus naves fueron allí á aportar.

Embarcados todos, navegaron á lo largo de aquella costa, teniendo negociaciones y tratos con todas las villas y lugares que estaban en ella, excepto la ciudad de Locros; y finalmente llegaron al lugar de Petra, que está en tierra de los Regios.

Durante este tiempo, los Siracusanos, advertidos de la venida, determinaron tentar de nuevo su fortuna en combate naval; pusieron en orden gran número de gente de á pie por tierra, y también mandaron aparejar muchas naves de otra suerte que hicieron en el primer combate, porque en él habían aprendido, y entendiendo la falta cometida entonces, y remediada ahora, tenían esperanza cierta de alcanzar la victoria.

Habían acortado las puntas de proa á fin de que estuviesen más firmes y recias, y reforzado y armado los lados de sus trirremes con grandes trozos de maderos de seis codos de largo, así por dentro como por fuera, de la misma suerte que los Corintios habían hecho con sus naves cuando combatieron contra los Atenienses en Naupacto. Parecíales que con esta reforma, acometiendo á las naves de los Atenienses, que tenían las proas más largas y delgadas para no embestir por la punta, sino por los lados, evitando que tropezaran las proas, sus trirremes serían tan buenos ó mejores que los otros.

Tenían además en cuenta que combatiendo dentro del gran puerto con gran número de naves, no habría espacio ni lugar para ir cercando á la redonda, sino que convendría ir á afrontarse cara á cara, [por lo cual siendo las puntas de sus trirremes más fuertes y mejor herradas que las otras, las tropezarían más fácilmente y á su salvo, y por este medio esperaban que aquello mismo que había sido causa en el primer combate de su pérdida, por la ignorancia de sus marineros, para combatir de otra manera que de frente, atacando de proa, les daría ahora la victoria.

Los Atenienses por su parte no podrían retirar sus naves á su voluntad para después revolver sobre las de los enemigos, como habían hecho la vez pasada, sino que por necesidad las habían de retirar hacia la parte de la tierra, y allí no tendrían gran espacio para hacerlo, cuanto más que hallarían el ejército de los Siracusanos á punto y bastante para hacerles daño y socorrer á los suyos.

Además, hallándose los Atenienses en lugar tan estrecho, se estorbarían unos á otros, lo cual les había dañado en gran manera en todos sus combates navales, porque no se podían retirar tan á su salvo como los Siracusanos, que tenían el puerto pequeño y también la boca del gran puerto ocupada, y por este medio la retirada por alta mar, y los Atenienses poseían el gran puerto que era muy espacioso, y á Plemiro, que estaba frente á la boca del gran puerto.

Así trazaron los Siracusanos sus cosas con buena esperanza de victoria por las razones arriba dichas, y la pusieron por obra de esta manera.

Gilippo, poco antes del combate, sacó fuera de la ciudad su gente de á pie, muy cerca del muro de los Atenienses por la parte de la ciudad. Por otro lado todos aquellos que estaban en Olimpio, así de á caballo como de á pie, armados á la ligera y tiradores, fueron también hacia aquel muro por las dos partes, y poco después salieron las naves de los Siracusanos, tanto las suyas propias como las de los aliados.

Cuando los Atenienses vieron salir la armada de los enemigos, quedaron muy turbados, porque como poco antes hubiesen visto solamente la gente de á pie ir hacia la muralla, no pensaban que les acometerían además por otras partes.

Replegarónse, pues, y se pusieron en orden de batalla, unos sobre el muro, otros delante y los otros aparte para apoyar á la gente de á caballo y tiradores armados á la ligera; las tripulaciones dentro de sus trirremes, y otras fuerzas á la entrada del gran puerto y á lo largo de la marina para poder socorrer las naves.

Cuando sus barcos estuvieron listos, que serían hasta sesenta y cinco, vinieron á dar en los de los contrarios, que serían ochenta, y combatieron todo aquel día una armada contra la otra, sin que pudiesen hacer cosa de gran importancia de una parte ni de otra, excepto que los Siracusanos echaron á pique una nave ó dos de los enemigos, y llegada la noche se separaron y retiraron cada uno á su estancia. Lo mismo hicieron los de la ciudad que habían ido contra el muro de los Atenienses.

Al día siguiente los Siracusanos no presentaron batalla ni mostraron que lo querían hacer, y por esta causa Nicias, que había visto que el día anterior fueron iguales, sospechando que los contrarios quisiesen volver otra vez á tentar fortuna, mandó á los patrones y capitanes que reparasen los trirremes que habían sido maltratados, y sacar las naves que había hecho encerrar en

un seno del gran puerto cercado de estacas para mayor seguridad, y que las sacaran á alta mar, apartadas una de otra por espacio equivalente á una fanega de tierra, á fin de que si, combatiendo alguno de sus trirremes, se viese en aprieto, pudiera guarecerse junto á estas naves de carga. En estos trabajos y otros semejantes invirtieron los Atenienses todo aquel día y la noche siguiente.

Al otro día por la mañana los Siracusanos salieron por mar y por tierra, de la misma suerte que habían salido dos días antes, excepto que fueron á mejor hora, y así combatieron durante la mayor parte del día, de igual manera que habían hecho en el combate precedente, sin que se conociese ventaja de una parte ni de otra.

Entonces el corintio Aristo, que era el mejor piloto que había en toda la armada de los Siracusanos, persuadió á los otros capitanes de las naves que enviasen á toda prisa alguna parte de su gente dentro de la ciudad y que él haría lo mismo para ordenar que todos los que tuviesen vituallas dispuestas las trajesen á vender á la orilla del mar á fin de que en seguida comiesen los suyos, volvieran á embarcarse inmediatamente y fuesen á dar sobre los enemigos que estaban desapercibidos.

Hecho así en poco rato, trajeron gran abundancia á la orilla de la mar, y todos á paso quedo se retiraron á comer.

Viendo esto los Atenienses, y creyendo que se retiraban como vencidos, ellos también se retiraron y saltaron en tierra, unos para comer y otros para otras ocupaciones, sin pensamiento que aquel día hubiese nuevo combate por mar. Pero al poco rato vinieron los Siracusanos, que ya habían comido, á dar sobre ellos de repente, cosa que perturbó mucho á los Atenienses y trabajaron por reembarcarse lo más pronto que pudieron con bullicio y desorden, muchos de ellos antes de probar bocado, saliendo frente á los enemigos.

Cuando estuvieron á la vista y bien cerca unos de otros, se pararon los de una parte y de la otra, meditando cómo podrían cada cual acometer al enemigo con



ventaja. Mas los Atenienses, teniendo por deshonra que los enemigos los sobrepujasen en labor y trabajo, dieron los primeros señal de batalla y embistieron á los enemigos, que los recibieron con las puntas de sus proas que estaban bien armadas y reforzadas, según tenían determinado, de tal manera, que destrozaron gran parte, rompiéndoles las puntas de sus remos, y desde las gavias herían con piedras y otros tiros á muchos de los enemigos que estaban dentro de sus naves.

Pero mucho mayor daño les hacían los barcos ligeros de los Siracusanos, que los acometían por todas partes con golpes y tiros, de suerte que los Atenienses fueron forzados á huir, y con ayuda de sus barcos se retiraron á su estancia, porque los Siracusanos no se atrevieron á seguirles más adelante de los buques colocados según antes se dijo, á causa de tener éstos las entenas levantadas muy altas con los delfines (1) de plomo que pendían de ellas, de suerte que sus trirremes no los podían abordar sin peligro de ser destrozados, según sucedió á dos de ellos que se atrevieron á embestir á estos barcos, uno de los cuales fué cogido con todos los que iban dentro.

Finalmente, siete naves de los Atenienses fueron echadas á fondo, otras muchas destrozadas, y gran número de los suyos muertos ó prisioneros, por razón de cuya victoria los Siracusanos levantaron trofeo en señal de triunfo, teniendo para sí que en adelante serían más fuertes que los Atenienses por mar y que vencerían al ejército, por lo cual se prepararon para acometerles otra vez.

---

(1) Los delfines eran mazas pesadas de hierro ó de plomo que se ataban á las entenas del mástil, dejándolas caer sobre el barco que se quería destrozár.